Marina[i]

Valentinus Bellator

Al anochecer del 21 de Septiembre, logramos llegar a la estación de Bellas Artes. Eugenio y Mario cargaban a Santiago en la camilla, mientras Kender les seguía por detrás con el rifle, atento de los alrededores con ojo de águila. Podría decir que su precaución rozaba la paranoia, pero yo no era quién para culparlo; en especial luego de lo que nos ocurrió entrando a El Valle. Era mi turno de cargar el bolso con las viandas y medicinas, e intentaba mantenerme a un lado de Eugenio, aunque a veces me costaba mantener su ritmo al caminar. De pronto se escuchó un golpe seco. Kender inmediatamente giró su arma en dirección al sonido, el resto se puso en guardia, y yo me oculté detrás de todos. Resultó no ser nada importante, un perro había tirado un pote de basura. Sentí mi pulso retumbar por todo mi cuerpo, y jadeaba mientras me llevaba la mano al pecho, intentando tranquilizarme. Me paré al lado de Santiago, y contemplé por unos segundos su frente cicatrizada y su piel grisácea, hace un mes ver sus ojos azules y labios delgados recitando poesía era mi único y más grácil alivio, ahora no hace sino preocuparme cada día más. Sigue respirando con normalidad, pero su consciencia se ha vuelto intermitente. Siempre había sido narcolépsico, pero ahora es muy difícil despertarle, no importa lo que hagamos. A la final, quizás esto me afecta más a mí que a él mismo; ya decía mi madre, que me preocupo demasiado por cualquier cosa.

- Marina – la voz de Mario me tornó de golpe a la realidad– Estás sudando, ¿te sientes bien?

Pasé mi mano por mi frente, efectivamente sudaba como aún estuviese en Colón.

- Si, estoy bien, sólo…

- Entremos al metro – digo Eugenio – Trata que no te dé un ataque, y démonos prisa, que va a oscurecer – Asentí con la cabeza. Ambos comenzaron a andar camilla al hombro y yo les seguí por detrás a paso ligero.

Cuando descendimos por las escaleras, encontramos a gran parte de la estación inundada salvo por el andén principal. Decidimos seguir nuestro rumbo por las vías en dirección al Oeste, hasta que después de una larga caminata, llegamos a la transferencia de El Silencio. Al llegar nos sorprendimos de ver un campamento improvisado y abandonado, pero aún en pie.

- Descansemos aquí – Exclamó Mario – Nos viene que ni de suerte este campamento. - Tomó su reloj de su muñeca y programó una alarma – En cuanto amanezca seguiremos caminando, ya estamos muy cerca, sólo queda seguir la línea 2 hasta Maternidad.

- Eso si no hay barricadas – interrumpió Kender

- Relájate un poco, ahora lo que tengo es hambre – Respondió Eugenio, al escucharlo puse el morral en el suelo, saqué las bolsas de plástico con las arepas envueltas en papel, y las repartí de a pares a cada uno.

- Ten esta – Dijo Eugenio cuando le pasé su par de arepas, devolviéndome una a mí – Necesitas comer más niña, ¿Te has dado cuenta de lo flaca que estás? ¿Y de lo pálida? Si de por sí ya eres blanca, ahora vas pasando para transparente. - El resto rió ligeramente con la broma, sin embargo, yo me quedé unos instantes pensado en aquellas palabras. Tiré de mi blusa para observarme el pecho, y comparado con mis brazos, realmente estaba pálida. - Yo haré el primer turno, y me seguirá Mario. - Todos asentimos, y comenzamos a preparar el campamento para dormir.

A la mañana siguiente emprendimos nuevamente la caminata siguiendo la línea 2 del metro. Por fortuna pudimos caminar sin problemas. Esta ves yo ayudaba a cargar la camilla, mientras que Eugenio se hizo cargo del bolso. Cuando llegamos a Capuchinos, nos detuvimos un momento. Repartimos el agua entre nosotros, y los hombres prepararon las armas.

- Tenga – Me dijo Kender, cuando giré la vista hacia él. estaba entregándome un resolver cargado. Dudé unos instantes, pero entonces tomó mi mano y puso el revolver sobre ella – Esté pendiente a todo lo que la rodea, no sabemos cuánta gente habrá cerca del Hospital Militar, mejor dispare antes y pregunte luego.

- Entiendo – respondí con mis manos temblorosas sosteniendo el revolver. Ya tuve que usar un arma en Valencia, pero aún conservo cierta Hoplofobia; aún si sé que Kender me da esto por mi bien, no sé si sea capaz de disparar nuevamente.

Seguimos caminando, hasta finalmente llegar a la estación Maternidad. Una vez allí, los chicos usaron puertas, metal, ventanas, y otros escombros para crear una trinchera donde pudiésemos proteger a Santiago. En cuanto terminamos, nos reunimos para escuchar las instrucciones de Eugenio.
- Kender y yo saldremos para asegurar el perímetro, mientras tanto Mario y Marina se quedarán para cuidar a Santiago, ¿Ok?
- Si – respondimos al unísono. - Si no regresamos en 15 minutos, vayan agarrando rumbo de vuelta a El Silencio, y no nos esperen. - Asentimos todos. Eugenio y Kender subieron las escaleras hasta la superficie, mientras Mario y yo comenzamos a contar el tiempo con reloj en mano. Mi nerviosismo me impedía perder el tacto con Santiago, respiraba con normalidad, pero sus manos estaban frías, muy frías. Por eso mismo, sentía que debería trasmitirle el calor que alguna vez él compartió conmigo. Aún si me decían que lo dejara tranquilo, quería que sintiese mi presencia junto a él.

Exactamente 7 minutos y medio después, vimos a Kender bajar por las escaleras, y en cuanto nos vio, nos hizo una seña. Era seguro salir. Subimos con Santiago hasta la superficie, donde se encontraban los muchachos esperándonos.
- Tan parece podremos ir por la San Martín sin problemas, y de allí caeremos directamente al Hospital Militar. Sin embargo esto está demasiado quieto para mi gusto. - Giré mi vista para apreciar el entorno. Me recordaba mucho a las imágenes de Europa durante la Segunda Guerra Mundial, no había un sólo poste recto y erguido, ni una ventana o puerta en buen estado, toda superficie imaginable había sido convertida en lienzo para grafiteros, y reinaba el aroma a basura. - Quién sabe si aún habrá alguien escondido por ahí, esto no me gusta.
- Pero ya casi llegamos – interrumpí – debemos seguir avanzando.
- Verdad – respondió Mario. Hay que movernos.

Los muchachos no apartaban el ojo de la mira de sus armas, en revolver entre mis Jeans era pesado, y molestaba al caminar, pero en menos de que lo que esperaba, ya estábamos allí. Detrás de algunas barricadas abandonadas, y una que otra hoguera extinta de cauchos, podía leerse “Hospital Militar Dr Carlos Arvelo”. Por primera vez en mucho tiempo, apreté esperanzada la mano de Santiago. Finalmente, todos atravesamos la puerta principal, para encontrarnos con… un silencio absoluto, y amenazante.

- ¿Hola? ¿Hay alguien? - gritamos mientras nos adentrábamos en el hospital. - ¡No somos hostiles, tenemos un enfermo! ¡Esta chica ha venido desde el Táchira sólo para darle la cura a su novio! ¡Repito, no somos hostiles! ¡Necesitamos ayuda! - No importaba lo que hiciéramos, nadie contestaba.

Llegamos al 2do piso, el cual estaba inundado por un olor penetrante, y nauseabundo, tanto que obligaba a llevarme la blusa a la nariz para intentar soportarlo. Mientras explorábamos los pasillos, encontramos un laboratorio con la puerta medianamente rota. No tenía ningún agujero, pero estaba descuadrada, con el pomo caído, y rasgaduras. Nos acercamos para observar, pero fue difícil poder abrirla, cerca de esta sala el olor era muchísimo más fuerte, por lo supusimos se originaba de allí. Algo desde dentro impedía abrir la puerta, así que los chicos tuvieron que tumbarla a patadas, y cuando finalmente cayó, la escena se me hizo imposible de digerir.
En el suelo habían 10 o quizás más cadáveres, algunos vestidos de médicos, unos con las armaduras improvisadas de los bandidos, otros con ropas casuales. Unos tenían heridas de balas, y otros fueron

apaleados hasta la muerte. Dejé la camilla con Santiago a un lado del pasillo, mientras los chicos removían y organizaban los cuerpos para que pudiéramos revisar el laboratorio más a fondo.

No pude sino sentarme al lado de Santiago a llorar, observando cómo sacaban un cuerpo tras otro como si ordenasen reces en una carnicería. Al cabo de un rato, oí que Eugenio me llamaba. Entré al laboratorio, y le vi de pie junto a las vitrinas.
- Ven para acá – me ordenó, y, aunque con pasos pequeños y lentos, me paré a su lado. Entonces tomó un frasco de la vitrina, y me lo dio en la mano – Mira, esta es la cura que tanto buscábamos.
- Pero… esto está…
- Vacío. Todo lo que puedas ver está vacío – El tiempo se detuvo en ese instante – Este lugar fue saqueado hace un tiempo, y por lo visto, no se salvó nadie. - No dije nada, no podía decir nada, me costaba hasta mantener el equilibrio, el tiempo no transcurría, ya no respiraba, el espacio se ennegrecía. Me negaba a aceptar la realidad.

- ¡Marina! - Un único grito me sacó de mi trance. Era la voz de Mario. - ¡Santiago se ha levantado!
Al principio estaba incrédula, pero cuando entendí sus palabras corrí torpemente saliendo del laboratorio, y entonces lo vi, Santiago estaba sentado sobre su camilla, inmediatamente me arrodillé en frente de él, e intenté hablarle.
- ¡Santiago! ¡¿Me oyes?! - No reaccionaba, su respiración era profunda, lenta, y ronca, levanté sus ambos brazos, y cada vez los dejaba caer con la gravedad; tampoco se pondría en pie por si mismo, no reaccionaba no importaba lo que hiciera.
- Déjalo
- ¡No! - grité - ¡Busquen, seguro aún queda algo!
- ¡Su cerebro ya murió, ahora es poco más que un vegetal!
Me quedé observando a Mario a los ojos, e irrumpí nuevamente en llanto, tomando la mano de Santiago. ¡Debe haber una forma! ¡Aún no es tarde! - los chicos me veían de pie mientras lloraba desconsolada.
- Men, ¿qué podemos hacer?
- Ir a La Guaira e irnos en lancha, si queda alguna.
- ¿Seguro?
- Mire, este es el único lugar donde trajeron la vacuna, si no está aquí, no va a estar en ninguna otra parte de Venezuela. Podríamos ir a Puerto Rico, hasta donde sé la infección no fue tan fuerte allá.
Les escuchaba hablar de fondo. No podía hacer otra cosa, no había nada más que pudiese hacer. De pronto hubo silencio, escuché a alguien acercándose. Hubo un estallido de pólvora, y Santiago se desplomó súbitamente.
¡NO! - Abracé con fuerza su ahora inerte cuerpo, me negué por nada del mundo a soltarlo, esto no podía estar ocurriendo, no después de todo por lo que he pasado, de todo lo que él tuvo que sufrir. De pronto fui halada por el cuello de mi camisa y apartada de Santiago, intenté aferrarme a su cuerpo, pero no fui lo suficientemente fuerte.
- ¡Marina! ¡Muéstrame tus ojos! - Me gritó Mario, mientras los demás inmovilizaban mi cabeza. Con sus dedos abrió mis ojos de par en par, y me cegó con la luz blanca de una linterna de bolsillo. - Tiene el globo verdoso, no es mucho, pero sí se nota, a ver la boca. - Retiró la linterna de mi vista, y los demás pasaron a mantener mi mandíbula abierta – Le está saliendo sarpullido en la lengua, y en la garganta también, tampoco es mucho, pero no tardará en esparcirse.
- Entonces está contaminada – exclamó Kender.
- Si, ha empezado a contaminarse – finalmente los chicos me soltaron y se apartaron de mi lado. Tosí levemente, y cuando levanté la vista, Mario estaba apuntándome con un revolver.
- Lo siento mija, pero es mejor evitarte el sufrimiento.
Lo siguiente que ocurrió fue, un estruendo, y luego, la obscuridad absoluta.